

—Sólo usted podía escribir esta carta tan noble, amiga mía—dijo la condesa abrazando á la joven;—démela usted, que yo la haré llegar á su destino; y ahora deje usted que le explique el objeto de mi venida.

Ofelia, el príncipe de Cellemare me ha encargado que pida á usted en su nombre su mano.

Palideció Ofelia: más de una vez había visto entre sueños la noble, grave y dulce figura del príncipe.

—¿No me responde usted?—dijo sorprendida la condesa.

—Señora—repuso la joven dominando su sorpresa y sin manifestar alegría ó admiración—señora, repítale usted lo que acabo de escribir al coronel: que necesito tiempo para amarle; pero, como el príncipe entró en nuestra casa haciéndonos una ofensa, ruego á usted que le diga algo más: dígame usted que nos hemos puesto voluntariamente bajo la tutela del anciano zapatero del portal, y que sólo en su presencia ó en la de su honrada esposa podrá verme.

—Ofelia, eso ya es demasiado orgullo—dijo tristemente la condesa;—no sabe usted lo que vale el príncipe.

—Por lo mismo que vale mucho debo yo elevarme hasta su altura, señora; mi resolución es irrevocable.

La condesa salió sin esperar más; cuando lle-

gó á su casa, y después de dar al príncipe las primeras seguridades de su dicha, añadió:

—Esta tarde escribiré á usted detalladamente cuanto ha ocurrido y desde esta noche puede usted verla.

Trastornáronse las facciones del conde: ¡su esposa tenía secretos para él! Esta penosa idea iba unida al temor de perder su cariño, y le destrozaba el corazón.

Los periódicos del día siguiente dieron á luz estas líneas:

«Anoche uno de los guardas del canal se encontró el cadáver de una mujer joven y bien parecida.

»La infeliz quiso suicidarse y quedó asida á unos arbustos de la orilla por el traje; pero la sacaron privada de la existencia.

»Estaba pobremente vestida de negro y en su ropa blanca interior se ha encontrado marcado con todas sus letras el nombre de PAULINA.»

XXXII

Felicidad.

Tres meses pasan muy pronto para el que ve la esperanza de un porvenir risueño ó para los que viven en el seno de la dicha.

Corrieron, pues, velozmente para el príncipe de Cellemare y para el coronel; mucho más lentos para Clotilde, su esposo y Silva, y eternos para el marqués de la Oliva, que, encerrado en su casa, sólo salía de sus furiosos accesos de locura para caer en una sombría y amarga desesperación.

—¡Y qué!—se decía—¿soy yo aquel hombre lleno de fuerza, de vida y de talento, aquel hombre á quien brindaba, tan poco hace, la fortuna con todos sus dones y el mundo con todos sus homenajes? ¡Este pobre sér mutilado ha perdido su fuerza moral y física, apaleado por la mano de un rudo zapatero!... ¿Soy yo aquel que se burlaba del género humano y para el cual no había mujer que se resistiese ni empresa que no lograrse? ¿Qué demonio vengativo ha desencadenado el infierno contra mí? ¡Ah! ¡Ya lo veo!... ¡Es una mujer rubia y hermosa como una Virgen de Murillo!... ¡Es quizás la única mujer hacia la cual he sentido un verdadero amor, muy distinto de esos caprichos que las demás mujeres, inclusa Clotilde, me han inspirado!... ¡Ah! ¡Pero tiene cara de ángel y es un demonio que ha tomado forma para seducirme mejor!... ¡Quiero huir lejos... lejos... muy lejos de ellá!...

Retorciase el desgraciado joven entre convulsiones horribles y caía en espantosos accesos de demencia.

En vano se consultaron los médicos más famosos: todos declararon que aquel cerebro estaba corroído, abrasado por una desesperación sin cura.

El desgraciado huía con espanto de todo cuanto le recordaba su pasión por María Valdés; la primera vez que Antonio el Curro, á quien, como saben mis lectores, había colmado de pruebas de generosidad cuando le informaba de todo lo que concernía á las huérfanas; la primera vez que le vió, empezó á lanzar tan terribles gritos, que Antonio huyó horrorizado de su casa y no volvió á parecer por ella.

Ofelia y sus hermanas fueron enteradas de lo ocurrido por el señor Martín y luego supieron el deplorable estado en que se hallaba el marqués por la condesa.

Un día que ésta había ido, según su costumbre, á ver á las señoritas Valdés durante las primeras horas de la mañana, vió á Rosa que había ido á llevarles flores frescas y á ver cómo lo pasaba *su niña*, pues así llamaba á la hija de Silva.

—Rosa, ¿cuándo te casas?—le preguntó la condesa.

—¡Ah, señoral—contestó la joven.—Necesitamos Curro y yo reunir cien duros para arreglar nuestra casita y poner yo un buen puesto de flores.

—¿Cuántos tienes ya reunidos?

—Muy pocos, señora, no llegan á veinte.

—Rosa podía tener mucho dinero —repuso Blanca, á cuyos ojos asomó una lágrima—sin su generosidad para con nosotras.

—Rosa—dijo la condesa, mientras la vendedora de flores se apresuraba á cambiar de conversación;—ven mañana temprano á verme y te daré lo que te falta para que te cases en seguida.

La joven no pareció comprender al pronto las palabras de Clotilde; pero cuando ésta las repitió dió un grito de alegría y se arrojó á sus pies, besándole las manos con transporte.

Al día siguiente fué Rosa á casa de Clotilde y recibió de su mano ochenta y cuatro hermosas piezas de plata, de valor de veinte reales cada una, en un lindo bolsillo de seda carmesí.

Rosa corrió á buscar á Curro, y ambos volvieron á ver á la condesa á casa de las huérfanas, donde repitieron los extremos de su gratitud.

¿Qué hacían entretanto el príncipe de Cellenmare y el coronel? ¡Ah! Ellos solos pudieran decir la dicha que puede contener una mísera buhardilla. Allí, en aquel pobre cuartito, cuyo único lujo eran los frescos ramos que cada día llevaba Rosa, y cuyas solas galas eran la belleza y la inocencia de sus preciosas habitadoras, conocieron ambos la verdadera, la única felicidad.

Ofelia había rogado al príncipe y al coronel

que sólo fuesen á verlas durante las horas de la velada, por ser éstas las únicas en que sus ancianos huéspedes podían acompañarlas.

Espiraba Junio: la señora Antonia abría la ventana del jardinillo por las noches, y el fresco aroma de las plantas embalsamaba la pobre habitación.

Ofelia, María y Blanca, vestidas con batas blancas de muselina, sujetas con cinturones azules, trabajaban á la luz de un quinqué, regalo de Clotilde, colocadas en torno de su velador, que había subido de su habitación el señor Martín para que trabajasen con más comodidad.

Inmediata á María, y en una cunita de mimbres blancos dormía Septimia; si por acaso se movía, la joven empujaba la cuna con su piecillo, y sin soltar la labor la mecía con suavidad.

En frente de este grupo encantador, y contemplándole absortos, se sentaban Honorio y el coronel; la hermandad de su amor les había hecho hermanos de corazón.

Ambos leían en voz alta, alternando entre sí, para hacer más llevaderas á las jóvenes las horas de su trabajo.

De vez en cuando una observación de las oyentes interrumpía al lector; las pobres niñas nada sabían, nada más que ser buenas, y no se avergonzaban de pedir al amor que ilustrase su entendimiento.

Junto á la mesilla que sostenía la celda en miniatura de Santa Teresa se sentaban la señora Antonia, el señor Martín y Malvina: el anciano leía la vida del santo del día en el *Año cristiano*, que le prestaban las religiosas de cuyo convento era mandadera su esposa; hasta entonces había trabajado por la noche en sus zapatos, pero ahora decía que trabajar en labor tan ruidosa delante de las señoritas y de los señores era faltarles al respeto é incomodarles no dejándoles leer.

La señora Antonia hacía calceta y Malvina cosía.

Fernando de Silva pasaba también las primeras horas de la velada con las jóvenes, y muchas veces Clotilde venía ya muy tarde; no quería encontrarse con Fernando, aunque sobrado conocía el actual estado de su corazón.

¿Para qué he de repetir yo lo que pasó durante tres meses en el *nido de palomas*? Aquellos de mis lectores que hayan amado adivinarán fácilmente las sensaciones de mis héroes y la ventura que disfrutaron.

El conde D... no era tan feliz; en vano procuraba, por todos los medios posibles, hacer comprender á Clotilde que la amaba como antes; la joven, tan perspicaz siempre en materias del corazón, parecía no conocer el del conde.

Siempre suave é igual, había dejado de ser

apasionada; si le hablaba su esposo respondía con dulzura, pero con laconismo, y el conde no podía equivocarse lo que no era más que cortesía con la pasión de que antes había sido objeto.

Un día, en la mesa, le dirigió Clotilde algunas palabras que hicieron saltar su corazón de gozo.

—¿Quiere usted acompañarme esta noche?— le preguntó.

—¿Puede usted dudarle?— se apresuró á contestar el conde sin preguntarle adónde iba.

—Esté usted, pues, dispuesto para las nueve— dijo Clotilde levantándose de la mesa y pasando á su cuarto, donde tomaba el café sola, sin que el conde hubiera logrado penetrar en él ni una vez desde hacía cuatro meses.

A las nueve subieron á un carruaje muy sencillo, sin que la condesa diese las señas del sitio adonde debía conducirles.

Durante el camino la joven guardó silencio, mas su esposo, cuyo corazón reventaba en el pecho, le tomó una vez la mano, murmurando con indecible y suplicante ternura:

—Clotilde...

—¿Qué quiere usted, *amigo mío*?— contestó la joven con dulce pero glacial sonrisa.

La palabra espiró en los labios de Augusto, que soltó la mano de su esposa y bajó la cabeza tristemente.

Llegaron, por fin, á la calle de San Bernardi-

no, y el cochero detuvo el carruaje enfrente de la casa señalada con el número 3.

Pálideció el conde ante la idea de que iba á ver á Blanca, avergonzado con el recuerdo de su criminal tentativa; mas una mirada de su mujer, á la cual creía ignorante de cuanto había ocurrido, le decidió á seguirla, temiendo, ante todo, infundirle sospechas.

Cuando entraron en la buhardilla hallábanse en ella todas las personas que componían la reunión que ya conocemos.

Fernando de Silva, sentado junto á María, la miraba con una expresión inequívoca de ternura entusiasta y reconocida.

Su salud, tan decaída antes, parecía haberse recobrado por completo; vestía aún de riguroso luto, y sus graciosas y delicadas facciones habían adquirido un tinte de tranquilidad que jamás habían ostentado.

El conde se apresuró á alargarle la mano, después que el príncipe y el coronel estrecharon las suyas.

—Condesa—dijo Silva levantándose con cierta expresión solemne—rogué á usted que viniese hoy acompañada de su esposo á fin de que pidieran para mí la mano de la señorita María.

Palideció densamente ésta al escuchar estas palabras, y en seguida se cubrió su rostro de un rosado rubor.

El conde estrechó de nuevo la mano de Silva.

—Gracias—le dijo—tiene usted un noble corazón.

—Si es así, mi nobleza es obra de María—repuso Fernando;—el influjo de su virtud ha extinguido las bramadoras pasiones que se agitaban en mi seno; su suavidad ha refrescado mi corazón, su pureza ha refrigerado mi alma. Ruéguele usted, pues, conde, que no abandone su obra si no quiere que la destruya la desesperación.

—Señorita—dijo el conde—¿quiere usted dar su mano á mi amigo?

María clavó en su hermana una tímida mirada.

—Yo confiaré de buena gana la felicidad de toda tu vida al señor de Silva, hermana mía—dijo Ofelia.

—¡No desampare usted á mi hija, María!—añadió Fernando juntando las manos con un suplicante ademán—es de usted también, puesto que la ha salvado la vida, sacándola del abandono en que yacía; su salvación y la mía son obra de usted, y no es posible ya que quiera separarse de nosotros.

Una lágrima de enternecimiento rodó por las mejillas de la joven, que alargó su diestra á Fernando con un movimiento encantador de rubor y dignidad.

—¡Gracias, María!—exclamó Silva besando apasionadamente aquella mano.—Ahora—añadió—escuche usted una confesión que debo hacer para su felicidad, y que no importa que escuchén todas las personas aquí presentes, porque las almas nobles se comprenden.

Yo—continuó Fernando—no he amado verdaderamente en el mundo más que á usted: uníme á otra mujer con eternos lazos porque así lo exigieron las conveniencias sociales y mi familia; la madre de mi hija era buena; pero no era la mujer capaz de llenar mi corazón y mis aspiraciones; en tanto que estuve unido á ella, creí amar á otras mujeres: así, pues, que no le sea á usted dolorosa ó importuna su memoria; jamás volverá á nombrarse entre nosotros: las cenizas de los muertos son sagradas y no seré yo quien las revuelva.

María, que no le traiga mi hija ningún recuerdo doloroso, al menos por lo virgen que la hallado usted el corazón de su padre; por mi parte, si su vista le hace daño, yo la separaré para siempre de usted; más para eso es preciso que la separe también de mí, porque yo no puedo vivir más que al lado de usted.

Inclinóse María hacia la cuna y tomó á Septimia entre sus brazos.

—Yo seré para ella la madre que ha perdido—dijo con dulce voz.

¡Promesa heroica! Su cumplimiento es el sacrificio más inmenso que puede hacer la mujer.

—Ofelia—dijo la condesa—Blanca, ya es tiempo de que hagan ustedes dichosos á nuestros amigos y de que lo sean ustedes también. Silva necesita casarse en seguida, ¿quieren ustedes, ya que tanto se aman, casarse las tres en un mismo día?

—Como usted lo disponga, señora—dijo Ofelia con su tierna sonrisa.

—¿Me perdona usted, Blanca?—preguntó el conde en voz baja á la joven.

—La condesa, nuestra bienhechora, ha rescatado la culpa de usted—contestó risueña la niña.

XXXIII

Las bodas.

Quince días después de estos acontecimientos un inmenso gentío se apiñaba en la solitaria calle de San Bernardino, presentando un espectáculo muy extraño.

Delante de la casa núm. 3 se extendía una triple hilera de carruajes, ocupados por la más alta nobleza; cuatro carretelas descubiertas, tiradas por soberbios caballos, se destacaban de los demás carruajes por su riqueza y suntuosidad;

dos de ellas estaban forradas de raso blanco y los tiros eran de caballos blancos también; los lacayos lucían la librea color de perla galoneada de oro del príncipe de Cellemare.

Las otras dos carretelas estaban forradas de raso azul, y los caballos eran bayos; la servidumbre vestía la librea azul galoneada de plata de la opulenta casa de Silva, una de las más nobles y ricas del hermoso reino de Valencia.

Aun se veían otras dos carretelas llenas de jefes militares, forradas de brocatel verde y tiradas por hermosos caballos negros; los criados ostentaban la librea verde con galones oro y carmesí del marqués Eduardo Vélez y sus hermosos y antiguos escudos de armas.

Los demás coches, todos de la alta nobleza, lucían los trenes y servidumbre de las respectivas casas á que pertenecían.

Acababan de dar las siete de la tarde cuando aparecieron en el umbral de la pobre casita los condes D..., seguidos de las señoritas Valdés, del príncipe de Cellemare, de Fernando de Silva y del coronel.

Las tres hermanas llevaban vestidos de gasa blanca recogidos con ramos de jazmines y velos blancos con grupos de azahar entre sus hermosos cabellos.

La condesa había querido que el triunfo de aquellas pobres criaturas, tan perseguidas, tan

abatidas, tan calumniadas, tuviese lugar en su mismo casto *nido*, tan pérfidamente infamado por el marqués de la Oliva.

La extremada sencillez de sus trajes realizaba admirablemente su peregrina belleza, y cuando las divisaron los circunstantes se oyó un prolongado murmullo de admiración y de entusiasmo.

La condesa subió á una de las carretelas blancas con María, y el conde y Silva se colocaron en frente de ellas.

Una de las azules fué ocupada por Ofelia, Blanca, el príncipe y el coronel.

En las demás se acomodaron los testigos y convidados.

En seguida se puso en marcha la comitiva.

Los novios, por una concesión especial, debían ser desposados en la colegiata de San Isidro por el venerable patriarca de las Indias.

Al pasar por la calle de la Montera se oyó una carcajada seca y estridente, que no pudo ahogar del todo el ruido de los carruajes, en un balcón del piso principal de una suntuosa casa.

María y Clotilde, cuyo coche pasaba á la sazón por debajo, levantaron la cabeza y vieron con profundo horror un espectro sin piernas, con los cabellos erizados y los ojos encendidos y delirantes, que luchaba á brazo partido con algunos hombres que trataban de separarle del balcón.

—¡No, no!—gritaba con ronca voz.—¡Déjenme ustedes!... ¡Quiero verla!... ¡Ahí va!... ¡Va á casarse!... ¡Lleva la diadema de novia!

Al decir estas palabras, el desgraciado no se paraba la vista de María, que, casi desmayada, ocultó su rostro en el seno de la condesa.

Cuando volvieron á pasar de vuelta de la iglesia el desgraciado loco estaba ya maniatado y metido en un coche de camino que debía conducirle á Leganés.

.....

Algunos días después los príncipes de Cellemare, los señores de Silva, los marqueses de Vélez, la niña Septimia con su aya y los condes D... con sus hijos, salieron de Madrid con un hermoso tren de viaje para el palacio de verano que los príncipes poseían en Verona.

Durante el camino venció al conde su orgullo hasta pedir perdón á Clotilde, cuya indiferencia le era imposible soportar por más tiempo.

—Te perdono—respondió la generosa joven— porque tu injusticia te ha hecho sufrir tanto como á mí.

.....

¿Se extinguió de golpe la afección que Clotilde profesaba á Silva? No me atreveré yo á asegurarlo; lo que sí puedo afirmar es que la de éste murió para siempre.

Es indudable también que Clotilde batallaría consigo misma; no vence fácilmente un alma como la suya los recuerdos de un primer amor; pero no hay pasión que se resista en el corazón de la mujer cuando se le oponen las leyes de la honra, del deber y de la propia dignidad, ni hay mujer que merezca el glorioso renombre de buena si antes no ha luchado y vencido.

.....

Malvina quedó durante el viaje de las cuatro familias en compañía de Curro y de Rosa, quienes llegaron á ser absolutos propietarios de la habitación ocupada antes por las huérfanas.

Cellemare había comprado la casa donde había estado *el nido de palomas*, deseoso de que ninguna persona extraña le profanase con su presencia, y había encomendado su cuidado á la buena Rosa y á su esposo.

Silva y el príncipe señalaron al señor Martín y á la señora Antonia una renta vitalicia de diez mil reales anuales, y el marqués de Vélez, que, al casarse con Blanca, había renunciado á su carrera militar, dotó á la angelical Malvina en dos mil duros, que se entregaron á Antonio el Curro para que los hiciese producir con su inteligencia, honradez y laboriosidad.

Los ancianos esposos y el joven matrimonio no formaban más que una sola familia; la señora Antonia y el señor Martín amaban á Antonio

y á Rosa como á sus hijos y á Malvina como á su nieta; ésta, sobre todo, era objeto de su cariño, y á duras penas conseguía Rosa que se la dejasen algún rato.

Rosa fué madre de dos niños que se criaron entre flores, pues su madre tenía un hermoso puesto en el Prado.

Malvina, á pesar de su figura, se casó con un hermano de Curro, ebanista de mucho mérito, que supo apreciar, como debía, las angelicales dotes de su compañera.

Rosa y Malvina cerraron los ojos del señor Martín y la señora Antonia, y fueron siempre modelos de felicidad y adhesión para sus generosos bienhechores.

FIN

DU